

IN MEMORIAM

SALVADOR ABASCAL INFANTE

Ha muerto un soldado de Cristo. Un valiente, un heróico soldado de Cristo. Y no estoy utilizando una metáfora o un amable y exagerado calificativo, sino diciendo la pura verdad. El 29 de marzo de 2000, a punto de cumplir los noventa años, pues había nacido en Morelia el 18 de mayo de 1910, falleció en Méjico Salvador Abascal Infante. Y bien podemos decir que "la parte principal volóse al cielo" para recibir allí el abrazo amoroso de Aquel a quien, desde muy joven hasta su fallecimiento, consagró su vida. Una vida hermosa, valiente, noble, diría que casi inverosímil en estos días de fe flaca y descaecida, utilizando las palabras de otro de nuestros clásicos.

Bien sabía Salvador Abascal que a él sólo le cabía la gloria del combate. La victoria estaba en manos de Dios. Y Este parecía querer probar a Méjico mucho más, con la sangre de los mártires y los sinsabores de la persecución. Hoy, con el PRI derrotado después de setenta y un años de absoluta dictadura sobre el pueblo y las conciencias mejicanas, algún espíritu sin fe, sin esa inmensa y profunda fe teologal que inundaba a este mejicano insigne, podría hablar de la cicatería de Dios que quiso privar —sólo hubiera tenido que prolongar su vida menos de cuatro meses— a su soldado más valiente, a su soldado más entregado, del día más maravilloso de su vida. De ver la caída estrepitosa del enemigo contra quien siempre luchó. Yo creo, estoy convencido de ello —¿quién sabe el peso de las cosas que Dios mide en sus altas balanzas de cristal?—, que más bien quiso llevárselo con Él para, desde el cielo, presenciar juntos —siervo bueno y fiel—, la culminación victoriosa de todos sus esfuerzos en la tierra, de toda su vida, de todo su inmenso amor a Cristo. Junto al padre Pro,

junto al medio centenar de mártires de la Cristiada elevados a los altares por Juan Pablo II, junto a los miles de mártires cristeros que forman una verdadera guardia de honor alrededor de Cristo resucitado.

Dios recompensó hermosamente la vida y el combate de Salvador Abascal. Y el día grande y glorioso del hundimiento de lo que se inventara Plutarco Elías Calles, nombre maldito para todo católico, ese día Abascal lo celebró en el cielo con Dios y con la legión incalculable de mártires, de sus mártires, que murieron por Dios y por Méjico. Como siempre, aunque no sepamos cuándo ni cómo, aunque tantas veces parezca imposible, al final la victoria es de Cristo Rey.

Yo no conocí personalmente a Salvador Abascal, pero bien puedo enorgullecerme de una larga y profunda amistad, a la que él, con absoluta generosidad, inmerecida por mi parte, añadía gratitudes no debidas y admiraciones absolutamente injustificadas. Y esa amistad se mantenía y crecía de un modo originalísimo. Tan original que bien puedo decir que con ninguna persona me he comunicado de ese modo. Nunca hablé por teléfono con él ni nos hemos intercambiado fax o correos electrónicos. Cartas, muy escasas. Nuestra relación, para mí impagable, era a golpe de notas bibliográficas por mi parte y de dedicatorias por la suya. ¿Verdad que es original?

Un día muy lejano, nuestro común amigo Juan Vallet de Goytisolo, con quien Abascal sí tenía frecuentísima relación, me da un libro del mejicano para que escribiera una reseña bibliográfica del mismo. Yo apenas tenía noticia de él, aunque sabía de su combate en defensa del Papa que algunos, en aquellos días postconciliares, combatían desde un integrismo sedevacantista. Pero Abascal, ya en su ancianidad, cuando tan merecido se tenía un descanso tras tantos combates, no fue autor de un libro. No recuerdo, ni vale la pena enumerarlas, cuántas de sus obras fueron objeto de mis comentarios. Lo cierto es que, a partir de aquella primera nota mía, todos los años llegaban a casa de Juan Vallet nuevos envíos, pero ya siempre con dos ejemplares, uno para él y otro para mí. Ahora leo emocionado tantas generosas dedicatorias de quien me ha hecho conocer la historia del

Méjico contemporáneo. Y amar la triste historia, la hermosísima historia de un pueblo, hijo de España, decidido a conservar la fe católica frente a todos sus enemigos. No hace mucho entregué a *Verbo*, porque los libros de Salvador Abascal eran más rápidos que el tiempo, el comentario de tres o cuatro que se habían acumulado sobre mi mesa. Desconocía que ya había muerto el amigo. Asumo, con tristeza, que no van a ser correspondidos con nuevas, hermosas y entrañables dedicatorias. Si no vemos con los ojos de la fe, es duro. Pero con ellos, es consolador. Las leeré desde el cielo.

Siempre pensé que su letra era muy parecida a la de mi inolvidable maestro Eugenio Vegas. Otro abnegado y heroico soldado de Cristo. Lo que me producía una doble emoción leerlas. Uno de los once hijos de Abascal se llama Héctor Eugenio. Héctor, la novela crístera que Eugenio Vegas publicó en España en días trágicos como los de Méjico. ¿Por qué ese nombre? A mí me parece hermosa la coincidencia.

Salvador Abascal pasó a la historia de Méjico con una gesta heroica e inverosímil al reconquistar el Estado de Tabasco para el catolicismo cuando la persecución religiosa lo había convertido en un erial. Su actuación al frente del Sinarquismo, movimiento que tras la Cristiada quiso aglutinar a las masas católicas mejicanas, tras logros memorables, fracasó. Como su intento colonizador en María Auxiliadora. Después fue la pluma su arma de combate. Al principio desde la Editorial Jus y después en su combativa Editorial Tradición. Desde ella reescribió la historia de Méjico. Creo que sobre todos estos últimos libros, o sobre casi todos, he escrito en *Verbo*. A ello me remito. *La Hoja de Combate* era su humilde revista y en verdad hacía honor a su nombre. En ella el progresismo tuvo un rival de talla. Como la de él.

Con el tiempo, esta gloria del catolicismo mejicano se hizo incómodo para los transaccionistas, los dispuestos a echar agua al vino, los "prudentes" ... Siempre los hombres de Dios son molestos a los hombres de los hombres. Allá ellos. Los primeros mueren hermosamente. Los segundos viven indignamente. Trajándose su propia basura moral.

No conozco a su viuda ni a sus once hijos. A ellos, a sus nietos y bisnietos mi condolencia humana y mi orgullo por haber sido amigo y correligionario de su marido, padre, abuelo y bisabuelo. Tienen un deber moral de ser dignos herederos de tan valiente soldado de Cristo. Y a mi queridísimo amigo Nemesio Rodríguez Lois, discípulo de tan egregio maestro, de quien he leído dos hermosas necrológicas en *Fuerza Nueva* y en la revista mejicana *Cumbre*, le pido que muerto "el jefe", él, y tantos excelentes católicos mejicanos, intenten llenar su hueco porque el combate por Cristo Rey continúa. Salvador Abascal Infante nos ayudará desde la cercanía de Dios.

Sólo me queda concluir esta despedida emocionada, que no es un adiós sino un hasta luego, con algo muy personal de mi relación con él. Bien se que su generosidad y el afecto que me tenía le hacían exagerar méritos inexistentes. Pero yo me siento orgulloso de ello. Del cariño que me tenía Salvador Abascal al que yo correspondía con gratitud asombrada. Asombrada por su capacidad de trabajo, traducida en una veintena de libros, escritos tras muchas horas de estudio y mil lecturas, y que, curiosamente, los trabajó y escribió todos después de haber cumplido los sesenta años. Asombrada por esa nueva y militante historia de su patria que reescribió, desde un catolicismo de combate, contra el Méjico revolucionario, apóstata y antiespañol. Porque el españolismo es otra de las constantes en la pluma de este egregio mejicano. Asombrada por su valentía en la batalla, su dignidad ante los fracasos, su fe en la causa católica, su disponibilidad permanente hasta el filo mismo de los noventa años.

Por eso, como digo, con orgullo legítimo y emocionado de que me considerase su amigo, su compañero de trinchera en las batallas de Dios, aunque fuera ya de la última hora, transcribo las dedicatorias que su afecto me dedicó. Muchas están firmadas en su casa de El Palmar, por lo que omitiré este extremo.

La primera que conservo, aunque hay un par de libros que no he localizado en el desorden de mi biblioteca, es de 1988: "Para don Francisco José Fernández de la Cigöña, notable historiador y noble crítico, afectuosamente". Al año siguiente me decía: "Para don Francisco José Fernández de la Cigöña, ante

cuyo juicio de historiador me inclino con respeto". Cabe incluso percibir alguna reticencia ante mis juicios acerca de sus obras. Pronto se desvanecería conforme aumentaba el afecto. "Para el señor don Francisco José Fernández de la Cigoña, gran paladín de la verdad histórica y teológica de la España inmortal" (8-II-1992). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña, con profunda gratitud" (18-XI-1994). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña con mi gratitud y deseándole que la Sagrada Familia le proteja con los suyos" (24-XII-94). "Para el señor don Francisco José Fernández de la Cigoña, providencial historiador de la Hispanidad, con mi admiración y mi gratitud" (25-XII-97). "Para mi maestro en Historia de España don Francisco José Fernández de la Cigoña, con mi más agradecido reconocimiento" (12-III-98). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña, con mi gratitud por sus singulares bondades" (30-III-98).

Maestro en tantas cosas, ejemplo en el combate por la causa católica... Gracias... Gracias a Dios por tí. Gracias a tí por tí.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

BALTASAR PÉREZ ARGOS, S. J.

En el pasado verano ha fallecido en la Residencia San Ignacio de Alcalá de Henares, donde vivió los últimos veinte años. Nuestro querido colaborador el padre Baltasar Pérez Argos, de la Compañía de Jesús, a la edad de ochenta y nueve años. Nacido en Burgos, hijo de militar, donde es bautizado, recibe la confirmación en Melilla a los siete años. Ingresa en la Compañía de Jesús en 1927, ordenándose de sacerdote en Granada en 1939 tras una completa formación primero en el Puerto de Santa María y después —por la expulsión de los jesuitas durante la República— en Bélgica, Italia y Portugal. A partir de entonces una larga docencia, casi todos los cuarenta y los cincuenta en el filosofado de la Compañía en Chamartín, y luego Méjico (1958-1961) y los Seminarios de Guadix (1961-1966) y Sigüenza (1967-